

blo, parece sin embargo haberse refugiado entre los grandes, de modo que es como una sombra que los acompaña á todas partes. Casi todos los placeres, disfrutados por ellos, ya no les ofrecen mas que una triste uniformidad que los endormece ó cansa, y por mas que quieran variarlos, no hacen sino diversificar su fastidio. En vano se honran con presentarse al frente de todas las diversiones públicas, porque es una vivacidad de ostentacion, el corazon casi no toma parte alguna en ellas, pues el mucho uso de los placeres se los ha hecho inútiles, y son ya recursos gastados que cada dia se dañan á sí mismos. Parecidos á un enfermo para quien todos los platos son insípidos á causa de una dilatada languidez, quieren gustar de todo y nada los estimula ni los excita; y un horrible disgusto, dice Job, sucede inmediatamente á una vana esperanza de placer con la que al principio se habia lisonjeado su alma : *Et spes illorum abominatio animæ.* (Job. XI, 20).

Toda su vida es una precaucion penosa contra el fastidio, y este es penoso por

sí mismo; ellos le anticipan apresurándose á multiplicar sus placeres; porque todo está ya usado para ellos casi desde la infancia, y así experimentan ya en los primeros años los disgustos y la insipidez que el descaecimiento y el uso dilatado de todas las cosas parece anexar á la vejez.

El justo necesita menos placeres y su vida es mas feliz y mas tranquila. Todo es descanso para un corazon inocente, porque los placeres permitidos que presenta la naturaleza, insípidos y fastidiosos para el hombre disoluto, son siempre agradables para el hombre contenido y de buena conducta. Ni aun hay placeres inocentes sino los que dejan al ánimo alegre y satisfecho; y cuanto le mancilla, le entristece y contrista. Las familiaridades santas y los juegos castos y púdicos de Isaac y de Rebeca, en la corte del rey de Gerara, bastaban á aquellas almas puras y fieles; y para David era un placer harto vivo el cantar, tocando la lira, las alabanzas del señor, ó el de bailar alrededor del arca santa con los demas del pueblo, asi como los convites

de hospitalidad eran las fiestas mas agradables de los primeros patriarcas, y bastaba la oveja mas gorda para las delicias de aquellas mesas inocentes.

Se necesita menos regocijo interior para el que lo tiene en su corazón, porque de este se hace extensivo á los objetos mas indiferentes; pero si no teneis en vuestro interior la fuente del verdadero regocijo, esto es, la paz de la conciencia y la inocencia del corazón, en vano la buscaréis por fuera; reunid pues á vuestro lado todas las diversiones, y del fondo de vuestra alma saldrá siempre una amargura que las emponzoñará, buscad el refinamiento de todos los placeres, escudriñadlos ingeniosamente y ponédlos en el crisol; y no saldrá ni resultará jamas de todas estas transformaciones sino el tedio y el fastidio.

¡ Dios todo poderoso! lo que nos aleja de vos, es aquello mismo que debería acercarnos mas á vos mismo. Cuanto mas multiplica la prosperidad nuestros placeres, tanto mas nos desengaña de lo que son; y los grandes tienen menos excusa, y son mas desgraciados en no

llegarse á vos, ó Dios mio, porque sienten mas y con mas frecuencia el vacío de todo lo que no sois vos.

TERCERA REFLEXION.

Y son mas desgraciados, no solo por el tedio que por todas partes les persigue, sino tambien por la extravagancia del mal humor y del capricho que son inseparables de él. Cuando se haya saciado, decia Job, su ánimo estará triste y agitado, la desigualdad de su mal humor imitará la inconstancia de las olas del mar, y los pensamientos mas tétricos, y mas sombríos se apoderarán de su alma: *Cum satiatus fuerit, arctabitur, æstuebit et omnis dolor irruet super eum.* (Job. XX, 22).

Esta es, Señor, la suerte de los príncipes y los grandes que olvidan á Dios, y solo usan de su prosperidad para gozar de una felicidad sensual; porque fastidiados bien pronto de todo, les sirve de peso, y ellos lo son para sí mismos. Sus proyectos se destruyen unos á otros, y nunca resulta de ellos sino una incer-

tidumbre universal nacida del capricho y que él solo puede fijar. Sus órdenes nunca son, un momento despues de dadas, intérpretes seguros de su voluntad; y se les desagrada obedeciéndolas, de modo que es preciso adivinarlos y entre tanto ellos son un enigma inexplicable para sí mismos. Todos sus movimientos dice el Espíritu santo, son vagos inciertos é incomprensibles: *Vagi sunt gressus ejus, et investigabiles.* (Prov. V, 6). Por mas que uno se empeñe en seguirlos se los pierde de vista á cada momento; porque mudan de camino y se extravía uno con ellos, y aun así no se los encuentra; se cansan de los homenages que se les tributan, y se ofenden de los que se les niegan; de manera que los servidores mas fieles los importunan con su sinceridad, y no atinan mejor á darles gusto con su complacencia. Todo cuanto rodea á estos amos extravagantes é incómodos, sufre el peso, que ellos mismos no pueden llevar, de su capricho y de su mal humor; y parecen nacidos para su desgracia y la de los que los sirven.

Véase á Saul en medio de sus prosperidades y de su gloria. Ningun hombre hubiera debido disfrutar de una vida mas feliz y agradable, porque de una fortuna oscura y privada, se vió elevado al trono, su reinado habia comenzado con victorias, un hijo digno de sucederle parecia que aseguraba la corona en su familia, todas las tribus sometidas contribuian á su magnificencia y á sus placeres, y le obedecian como si fuesen un solo hombre: ¿ que le faltaba para ser dichoso, si alguno pudiera serlo sin Dios?

Pero abandona el santo temor del Señor, y pierde con él su tranquilidad y toda la felicidad de su vida. Entregado á un espíritu maligno y á manías tristes y extravagantes que le agitan, se le desconoce y él se desconoce á sí mismo. La harpa de un pastor, lejos de distraerle de su tristeza aumenta su furor, sus alabanzas y sus victorias cantadas por las hijas de Judá, son para él como censuras y oprobios, huye de los homenages públicos y no puede huir de sí mismo. David le desagrada presentándose á los

pies de su trono, y alejándose de el aun le desagrada mas, movido de su fidelidad, le elogia y se confiesa menos justo y menos inocente que él, y la mañana siguiente le tiende redes para apoderarse de él y quitarle la vida. La ternura de su propio hijo le fastidia y se le hace sospechosa. Todos los cortesanos buscan y estudian lo que podria distraerle de su mal humor sombrío y extravagante; pero es un zelo inútil, porque él mismo no lo sabe. Abandonó á Samuel, durante la vida de aquel profeta, y le ocurre volverle á llamar del sepulcro y consultarle despues de su muerte: ya no cree en Dios, y es harto crédulo para ir á preguntar á los demonios; es impio y supersticioso, que es la suerte bastante comun de los incrédulos, por decirlo de paso; porque tratan de impostores los Samueles y los profetas enviados en otro tiempo por Dios; consideran como un espíritu fuerte el de menospreciar aquellos intérpretes respetables de los consejos eternos y el de burlarse de las profecías justificadas todas por los acontecimientos; niegan al

Altísimo el conocimiento de lo futuro y el poder de favorecer con él á sus fieles siervos, y tienen la flaqueza popular de ir á consultar á una Pitonisa ó Maga.

Si, hermanos míos, el desgraciado estado de los grandes en el crimen es una prueba patente de que Dios preside á cosas humanas: porque si sus enemigos pudiesen ser felices, lo serian á lo menos en el trono; pero cualquiera, dice uno que era rey, aun cuando fuera dueño; si no sigue la regla y la sabiduría, se aleja de la única felicidad á que puede aspirar el hombre en la tierra: *Sapientiam enim et disciplinam qui abjicit infelix est.* (Sap. III, 11).

Cuanto mas os habeis elevado, tanto mas desgraciados sois; porque como nada os violenta, tampoco nada os fija, y cuanto menos dependeis de los otros, tanto mas entregado estais á vosotros mismos. Vuestros caprichos nacen de vuestra independenciam, haciendo recaer sobre vosotros vuestra autoridad; y habiendo vuestras pasiones probado y cansándose de todo, no os queda mas recurso que devoraros á vosotros mis-

mos ; vuestras extravagancias son el único recurso de vuestro tedio y saciedad , y no pudiendo ya variar los placeres por haberlos apurado todos ya no podeis encontrar mas diversidad que las de las alteraciones eternas de vuestro mal humor , y os enfadais continuamente contra vosotros mismos por el vacío que deja en vuestro interior cuanto os rodea.

No es esta una vana imágen de aquellas que un discurso puede hermohear y en la que los adornos suplen la falta de semejanza. Acercaos á los grandes y fijad la vista en uno de aquellos que han envejecido en las pasiones , y á quienes el dilatado uso de los placeres ha inhabilitado del mismo modo para el vicio que para la virtud. ¡ Que nube eterna y que caudal de pesares y caprichos en su negro humor ! Nada le agrada , porque él mismo no puede agradarse ; en todo cuanto le rodea , le venga de las penas secretas que le despedazan ; parece que imputa á crimen á los demas hombres la impotencia en que se halla de ser todavía tan criminal como

ellos ; los acusa en secreto de todo cuanto ya no puede permitirse á sí mismo , y sustituye el mal humor á los deleites.

No, hermanos míos , mirad á todos lados y veréis que los grandes que se han apartado de Dios no son ya sino tristes juguetes de sus pasiones , de sus caprichos , de los acontecimientos y de todas las cosas humanas. Solo ellos sienten la desgracia de un alma entregada á sí misma , cuando todos los recursos de los sentidos y de los deleites no le han dejado mas que un vacío espantoso , y á la cual todo el mundo , con cuanta gloria é incienso hay en él es inútil, no estando Dios por medio : y así son los grandes como testigos ilustrados de la insuficiencia de las criaturas y de la necesidad de un Dios y de una religion , durante la vida. Solos ellos prueban á los demas hombres que no se debe esperar en ella otra felicidad que la de la virtud y de la inocencia ; que cuanto aumentan nuestras pasiones , multiplica nuestros pesares ; que los dichosos del mundo no son , por de-

cirlo asi , sino sus primeros mártires , y que Dios únicamente puede bastar á un corazon que no se hizo sino para él.

Un rey jóven , y que como vos , señor , habia ocupado el trono desde su infancia , decia en otro tiempo : Dios de mis padres , vos me habeis establecido príncipe sobre vuestro pueblo y juez de los hijos de Israel ; casi al dejar la cuna me habeis sentado en el trono ; y en una edad en que todavia no se sabe el arte de gobernarse á sí mismo , me habeis elegido para conducir un gran pueblo : *Deus patrum meorum , tu elegisti me regem populo tuo* (SAP. IX, 7). Vos me habeis colmado de gloria , de prosperidad y de abundancia ; pero la magnificencia misma de vuestros dones será el origen de mis desgracias y de mis penas , sino añadís á ellos la sabiduría y el amor de vuestros preceptos. Enviádmela de lo alto de los cielos , donde continuamente se halla á vuestro lado ; pues ella es la que preside á los buenos consejos , y dará á mi juventud toda la prudencia de los ancianos , y toda la magestad de

los reyes mis antecesores , me hará llevaderos los cuidados de la autoridad y el peso de mi corona : *Ut mecum sit et mecum laboret* (*Ibid* v , 10) : solo ella me hará gozar una vida venturosa y me sostendrá en las inquietudes y el tedio que son inherentes de la autoridad real : *Et erit allocatio cogitationis , et tædii mei* (*Ibid* VIII , 9). Solo con ella tendré reposo en medio de la magnificencia de mis palacios y entre los homenajes que se me tributarán en ellos : *Intrans in domum meam , conquiescam cum illá* (*Ibid* v , 16). Los deleites acababan amargando , y el trono mismo , ó gran Dios ! si no estais sentado en él con el soberano , viene á ser el abrigo de cuidados melancólicos. Pero vuestro temor y la sabiduría , nunca dejan pesares , nunca nos fastidia su posesion , y la alegría misma y la paz solo se encuentran con ella. *Nec enim habet amaritudinem conversatio illius , nec tædium , sed lætitiã et gaudium* (*Ibid* VIII , 16).

Dichoso pues el príncipe ; ó Dios mio ! que solo cree principiar su reinado , cuando empieza á temeros , que no aspi-

ra á la gloria sino por la virtud, y que considera como una desgracia el mandar á los demas, cuando el no obedece vuestros preceptos.

¡ Dad pues, gran Dios! vuestra sabiduría y vuestra justicia á este niño descendiente de tantos reyes. Vos que sois el amparo del huérfano, dadle con la abundancia de vuestras bendiciones, lo que le habeis quitado, privándole de los ejemplos de un padre piadoso y de las lecciones de un augusto bisabuelo; reparad sus pérdidas aumentándole vuestras gracias y vuestros beneficios; y en vos solo, gran Dios, encontrará todo cuanto le falta. Mirad con ojos de padre á este niño augusto que habeis dejado solo sobre la tierra, y de quien, por consiguiente sois el primer tutor y padre; que su infancia, que tanto interesa á la nacion, conmueva las entrañas de vuestra misericordia y de vuestra ternura; dad á su juventud auxilios singulares de vuestra proteccion; la flaqueza de su edad y las gracias que se insinuan ya en sus primeros años, nos arrancan todos los dias lágrimas de te-

mor y de ternura; tranquilizad nuestros sobresaltos, libertándole de los peligros que podrian amenazar su vida, y recompensad nuestra ternura haciéndole á él tierno y humano para con sus pueblos; hacedle feliz, conservándole vuestro temor que por sí solo hace felices á los pueblos y á los reyes; asegurad la ventura de su reinado, concediéndole bondad de corazon y una vida inocente; que vuestra santa ley esté escrita en el fondo de su alma y alrededor de su corona para aliviarle el peso; que no sienta los cuidados de su dignidad, sino con proporcion á las miserias públicas; y que toda su felicidad y la nuestra dimanen mas bien de su piedad, que de su poder y de sus victorias. Amen.

